

»den de sus trajes. Madama X fué á la tercera contra-
 »danza para coser una rotura hecha al vestido de su
 »hija por uno de los bailadores, que le había encaja-
 »do sus espuelas. *Todo había desaparecido*, me dijo
 »ella al siguiente día. No pudiendo bailar con su traje
 »rasgado, la jóven se volvió á su casa *renegando* de
 »las señoras mejicanas.

»En el baile dado á la ciudad por los oficiales fran-
 »ceses despues de su entrada á Méjico, algunos convi-
 »dados cortaron las franjas de oro de las cortinas de la
 »sala. Aparte de esto, las alhajas que habían perdido
 »las señoras al bailar se encontraron, gracias á la vi-
 »gilancia y á las medidas de precaucion que se adopta-
 »ron. En los grandes bailes de la Corte deben entregar-
 »se al maestro de ceremonias los objetos perdidos; mas
 »los mejicanos prefieren llevárselos á sus casas y con-
 »servarlos, á título de recuerdo, ó venderlos. Y nadie
 »dice al emperador: *señor, se abusa de vuestra bondad;*
 »*estos hombres son indignos de vuestra confianza y*
 »*de vuestros beneficios.*»

No comprendo cómo un sacerdote, de cuyos labios ó
 pluma sólo deben salir palabras de verdad, ha podido
 presentarlas diametralmente opuestas á ella. Estoy se-
 guro que el abate Domenech no presencié lo que es-
 cribió, sinó que acogió por cierto lo que personas más
 aficionadas á inventar anécdotas picantes y ofensivas,
 que amantes á la verdad, le refirieron.

Lo que el abate Domenech cuenta de la conducta
 observada por las señoras y caballeros de la buena so-
 ciedad mejicana en los bailes verificados en palacio,

así como en el de obsequio dado á la ciudad por los
 oficiales franceses en el Trabajo Nacional, es un cuen-
 to inadmisibile por lo absurdo, para todos los que han
 tratado con intimidad á las familias mejicanas, y for-
 ma verdadero contraste con las descripciones que pu-
 bliqué yo en *El Monitor Republicano*, de los suntuo-
 sos bailes dados en el *Casino Español*. La concurren-
 cia que asistía á éstos, era la misma, aunque mucho
 más numerosa que la que concurría á aquellos. En
 unos y otros se hallaba lo más selecto de la sociedad
 mejicana, y yo asistí á todos los que dió el *Casino Es-
 pañol*, pues se me había honrado nombrándome socio
 honorario. En esos bailes, lo mismo que en los magní-
 ficos dados en la Lonja, á los cuales tuve la satisfac-
 cion de asistir, ví en las señoras mejicanas lo mismo
 que en los caballeros, moderacion, compostura, deco-
 ro, afabilidad, dulzura, finos modales, distinguidas ma-
 neras y una conducta irreprochable como correspondía
 á personas bien nacidas y edcadas. Permítaseme copiar
 aquí, en favor de la verdad, un trozo de la descripcion
 que hacía yo de uno de los bailes dados en el *Casino
 Español*, presentando á la sociedad mejicana con los
 exactos colores que le corresponden.

«¡El Baile!» decía yo en la expresada descripcion.
 »¡Invencion sublime de algun númen protector de los
 »amantes, y fecundo manantial de ilusiones y de espe-
 »ranzas, de promesas apasionadas, de amorosos jura-
 »mentos, de ensueños de ventura, de mágicos delirios,
 »de dulcísimos proyectos, y de risueños y seductores
 »pensamientos para el porvenir, tan maravillosos y poé-
 »ticos, como irrealizables y poéticos.

»La juventud bailaba llena de entusiasmo.

»En los rostros de las elegantes parejas brillaban la
»satisfacción y el placer.

»La brillante luz que las multiplicadas luces refle-
»taban en los espejos, era ménos viva que la que ani-
»maba los bellos ojos de las lindas hijas del país de
»Moctezuma.

»Una tibia y fragante atmósfera acariciaba los largos
»rizos de las luengas cabelleras de las hermosas, y al-
»teraba en suaves ondulaciones, las sutiles blondas de
»sus vaporosos vestidos.

»En el semblante de todos se veía retratado el con-
»tento; en sus finos modales, la esmerada educación;
»en sus palabras, las más tiernas afecciones del alma.

»¡Venturosos instantes de las ilusiones dulcísimas del
»corazón!

»¿Por qué pasais tan pronto, horas risueñas de la ju-
»ventud?

»Para quien se encuentra en ese grato período de la
»vida, un baile es un paraíso. Para el que haya pasado
»de ella, una grata reunión que le recuerda los días
»más felices de la juventud, y el brillante espejo en
»que se refleja sin artificio, la educación del hombre.
»En un baile se vé al caballero atento con las damas,
»de finos modales, de moderación, de amena conversa-
»ción, deferente, de franca alegría, medido en sus pa-
»labras y moderado en los placeres de la mesa.

»Que todas esas bellas y recomendables cualidades
»concurrían en cada uno de los individuos que asistie-
»ron al baile del Casino, se comprende con sólo decir
»que eran mejicanos de lo más selecto de la sociedad,
»finos individuos de otras cultas naciones que habían

»sido convidados por el *Casino Español*, y españoles
»que eran los que daban el baile.

»Los helados, los refrescos, los pasteles, los vinos y
»los ponches, se servían con la abundancia y frecuen-
»cia que siempre se ha observado en el *Casino Es-
»pañol*.

»Los españoles que aman de veras á los excelentes
»hijos de este país, que miran como el suyo: los espa-
»ñoles que ven en los mejicanos á hermanos verdade-
»mente suyos, se complacen, se esmeran, sienten pro-
»fundo placer, en poderles manifestar, convidándoles
»á las reuniones que celebran en el Casino, el afecto
»íntimo, la alta estimación que les consagran.»

Así me expresaba yo, con la lealtad de mi carácter
vizcaino y mi sinceridad de español, de la sociedad
mejicana que llevaba muchos años de tratar íntima-
mente. Nosotros no vimos jamás en el *Casino Español*,
ni era posible que viésemos, lo que el abate Domenech,
mal informado sin duda, dice que acontecía en los bai-
les de palacio. Lo que ví yo que pasaba en los bailes
del *Casino Español* lo mismo que en los de la Lonja,
fué, que las alhajas que algunas veces se desprendían
del adorno de las señoras, eran entregadas al adminis-
trador del establecimiento por los concurrentes que las
encontraban, y que nunca se dió el caso de que un ob-
jeto desprendido del tocado, no llegase al siguiente día
á poder de su dueño.

Que el señor abate Domenech no concurrió en Méji-
co á ninguno de los bailes de la buena sociedad, sinó
que se guió por lo que quiso contarle la señora france-

sa Madama X, y algunos extranjeros, no de los muy recomendables radicados en el país, sinó de los que pertenecían al ejército expedicionario, es que ignora la manera con que estaban dispuestos esos grandes bailes de la escogida sociedad. En ellos las señoras encontraban en el tocador peinadoras ó peluqueros que las arreglaban en el peinado cuando lo necesitaban, modistas ó costureras que les cosían prontamente y bien cualquier rotura del vestido, sin que ellas tuviesen que tomarse la molestia de coser ni siquiera de tomar la aguja; y siendo cierto esto, como efectivamente es y lo sabe todo el que ha concurrido á los grandes bailes de la buena sociedad, no era posible que del tocador desapareciesen por mano de las señoras ni los guantes, ni los limpiaññas, ni los cepillos, ni las agujas, ni el hilo, ni nada en fin de lo que en él se hallase.

Respecto de la desaparicion de los zapatos, le advertiré al señor abate Domenech que todavía era más imposible que la de los objetos mencionados, no sólo por la excelente moral de las señoras de aquel hospitalario país, modelos de delicadeza y de honradez, sinó tambien porque no había pieza dedicada á renovar calzado, puesto que nunca ocurre una imperiosa necesidad de cambiarlo. Pero aun cuando hubiese habido ese departamento de calzado, no podía acontecer que las señoras se apoderasen de par ninguno de zapatos para guardarlos, pues sabido es por el que haya presenciado alguno de esos bailes, ó tenga siquiera una idea de los trajes que las señoras llevan á ellos, que en esos elegantes vestidos no se usan bolsillos, y que, por lo mismo, no era posible la ocultacion de objeto alguno.

El señor abate Domenech, para no dejar sin herir en su honra á ninguna de las clases de la sociedad mejicana ataca con no más justicia, piedad ni consideracion al clero mejicano en su obra titulada *Méjico tal cual es* (1). Nunca se ha faltado de una manera tan lastimosa á la verdad, ni se ha llevado la calumnia á un grado tan ofensivo como inverosimil, como lo ha llevado en este punto el expresado abate Domenech. En sus ofensivas anécdotas, para no verse desmentido por los individuos que ataca, nunca pone el pueblo donde pasó el falso hecho que refiere, ni los nombres de las personas. En este punto, su obra es un libelo infamatorio contra el clero mejicano, que sin duda alcanzó su enojo porque con respecto á los asuntos de la Iglesia quería que todo lo que se hiciera fuese con acuerdo de la Santa Sede para tranquilizar las conciencias de los católicos, y no con arreglo al compromiso contraído por Maximiliano con Napoleon en los artículos adicionales secretos del tratado de Miramar, que he dado á conocer al lector en su lugar correspondiente. Hé aquí la injusta y ofensiva manera con que se expresa al hablar de ese clero que no trató ni conoció: «El clero lleva el amor de la familia hasta el de la paternidad. En mis viajes al interior de Méjico, muchos curas me han negado la hospitalidad para impedirme que viesse sus primas, sus sobrinas y sus hijas. Es difícil comprobar la clase de estos parentescos. No son raros los clérigos conocidos como padres de familia: al pueblo le parece bastante natural, y no se chancea sobre la

(1) *La Mexique tel qu' il est.*

»conducta de sus pastores, sinó cuando no se contenían
 »con tener una mujer solamente. Un amigo mío decía
 »en cierta ocasion á la querida de un cura:—¿Cómo
 »tiene V. miedo de ir al infierno y no tiene remordi-
 »miento de vivir maritalmente con un hombre que dice
 »misa todos los días?—Caballero, respondió ella colé-
 »rica, sepa V. que yo soy mujer de bien, y que no
 »viviría con el señor cura sino estuviésemos legítima-
 »mente casados.»

Preciso es estar cegado por una preocupacion des-
 favorable hácia un país ó desconocer completamente
 las clases que forman el conjunto de su sociedad, para
 referir como un hecho cierto, un cuento á todas las lu-
 ces absurdo, que no podría aplicarse, no ya á una na-
 cion culta como es Méjico, pero ni á un pueblo que estu-
 viese dando los primeros pasos en la civilizacion y en
 el conocimiento de las cosas más sencillas de la religion
 católica. No hay una sola persona en la república me-
 jicana, y mucho menos mujer católica de aquel país,
 que se halle en la estúpida ignorancia que supone el
 abate Domenech, de que pueda casarse legalmente con
 un sacerdote católico, y mucho menos que crea que
 está casada con él legítimamente.

Asegura luego el abate Domenech que en el Estado
 de Oajaca «hay algunos clérigos que *se hacen casar*
 »para no escandalizar á nadie,» y que «*no sabe cómo*
 »*se arreglan esos señores para contraer matrimonio á*
 »*que llaman legítimos.*» Asentado esto refiere una anéc-
 dota que cualquiera que conozca el buen criterio, clara
 razon y conocimiento de sus deberes religiosos que dis-
 tingue al bello sexo del expresado Estado de Oajaca,

uno de los que ha dado hijos muy ilustres, comprende-
 rá que ha sido una invencion no ménos falsa que ofen-
 siva. Dice que una mujer de Oajaca á quien preguntó
 un día sobre las referidas uniones singulares, le con-
 testó: «Mis paisanas prefieren vivir con clérigos que
 »con láicos, porque están mejor mantenidas; las pobres
 »criaturas son tan desgraciadas, que buscan con pre-
 »ferencia casas donde tienen la seguridad de encontrar
 »siempre pan y buena ropa.»

Cualquiera persona de mediano criterio comprende-
 rá que no es posible que ningun sacerdote católico pue-
 da *hacerse casar*, porque ni tiene fuerza para obligar
 á nadie á que le case, ni habría obispo que permitiera
 esos casamientos. Con razon confiesa que no sabe cómo
 se arreglan esos señores sacerdotes para contraer esos
 casamientos que llaman legítimos. No es fácil con efec-
 to, sinó, por el contrario, imposible que adquiriese da-
 tos para saber cómo se efectuaba una cosa que realmen-
 te no existía ni había existido jamás en Méjico. El se-
 ñor abate Domenech ha tenido buen cuidado en no de-
 cir cuáles son los pueblos del Estado de Oajaca donde
 ha presenciado esos originales casamientos de los curas
 católicos, y de callar los nombres de éstos; y ha tenido
 ese cuidado, para no verse desmentido por las autorida-
 des, por los pueblos y por los sacerdotes cuyos nom-
 bres estampase. Añade el señor abate Domenech, que
 á pesar de contraer esos enlaces no están, para la so-
 ciedad mejicana, «deshonrados el clérigo y la mujer,
 sinó que por el contrario, *se les respeta si viven bien*
avenidos;» y para dar fuerza á su aserto, que, como
 los anteriores, es enteramente falso, cuenta una anéc-
 dota, no más ceñida á la verdad, que dice así:

«Habiéndose presentado un día un mercader á cobrar
 »á la mujer de un clérigo del obispado de X.. el im-
 »porte de un vestido que le debía, respondióle ella:—
 »No tengo dinero; aguarde V. aun.—No quiero espe-
 »rar más, replicó el mercader; y si no paga V. luego,
 »haré que la llamen á V. ante el juez.—Haga V. la
 »prueba, repuso la mujer: *¿ignora V. que yo pertenez-*
»co á la mitra sagrada?»

En este cuento, cuya inverosimilitud salta á la vista de toda persona de sano criterio, el señor abate Domenech tiene el mismo cuidado que en las anteriores anécdotas, de no decir quién era ese mercader, quién la mujer que le dió la respuesta que refiere, quién el sacerdote casado con ella, y cuál el obispado en que pasó.

No más admisible es otro de los pasajes que presenta pocos renglones despues. Dice que recuerda que «pa-
 »sando uno de los obispos mejicanos por un pueblo
 »situado cerca de la ciudad episcopal, le dijo el cura:
 »—Ilustrísimo señor: tenga vuestra señoría ilustrísima
 »la bondad de bendecir á mis hijos y á su madre.» A lo
 »cual accedió el complaciente prelado, bendiciéndoles.»

Aquí calla tambien el nombre del prelado, de la diócesis, del cura que le pidió la bendicion para sus hijos y su mujer, y el de esta misma.

«Para cambiar esta situacion deplorable, continúa
 »diciendo el abate Domenech, sería preciso establecer
 »en Méjico uno ó varios seminarios dirigidos por sa-
 »cerdotes franceses de San Sulpicio; sería menester
 »que nadie pudiera recibir las órdenes sagradas, si no
 »era presentado por los directores de esos seminarios;
 »sería preciso tambien que el Papa enviase á Méjico
 »un nuncio francés entendido y prudente que indujera

»á los obispos á reformar su clero y que se les indicase
 »los medios de obtener el resultado. *Un nuncio italia-*
»no se ocupará siempre de política religiosa y de los
 »privilegios é intereses materiales del clero, que no
 »deben confundirse con los intereses de la Iglesia. En
 »cuanto á la honra y la dignidad de la religion, la pu-
 »reza y la integridad del servicio de Dios, los italia-
 »nos no se ocupan gran cosa.

»Los obispos más honrados suelen cuidarse más de
 »sus privilegios y prerogativas, que de mejorar el re-
 »baño que les está confiado; en las escasas institucio-
 »nes que de seminarios sólo tienen el nombre y la for-
 »ma, dejan enseñar una teología bastarda que falsea
 »el espíritu y la conciencia del futuro eclesiástico; es
 »decir: el amor al prójimo, á la pobreza, á la humil-
 »dad; el celo por la salvacion de las almas, la abnega-
 »cion cristiana, son virtudes que no se enseñan al clero
 »mejicano. Así es que los clérigos salen de los llama-
 »dos seminarios con las ideas más erróneas y más ab-
 »surdas, sobre la moral y el dogma católico. Hacen
 »confirmar y comulgar á niños de cinco y seis años
 »que no han recibido instruccion alguna, y no saben
 »lo que hacen; trafican con los sacramentos; procuran
 »sacar dinero de cualquiera ceremonia religiosa, sin
 »apercibirse de que se hacen culpables de simonía y
 »caen bajo las censuras de la Iglesia. Si la justicia ro-
 »mana tuviera curso en Méjico, la mitad del clero me-
 »jicano estaría excomulgado.»

Como se ve, para el señor abate Domenech el clero mejicano, así como toda la sociedad mejicana, carecía de virtudes y de ilustracion. Ya tengo manifestado los